

¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!

Comedia en cinco actos, refundicion de la que escribió con el mismo título Lope de Vega, *por* D. Manuel Breton de los Herreros, *representada con grande aplauso en el teatro de la Cruz, el dia 20 de junio de 1826.*

PERSONAS.

ISABELA.	RODULFO.
FLORA.	FABIO.
EL EMPERADOR OTÓN.	EL DUQUE OCTAVIO.
FEDERICO.	TRISTÁN.
ALEJANDRO.	BELARDO.

Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE SELVA.

ESCENA PRIMERA.

ISABELA, FLORA. (*aparecen en traje de caza con arcabuces.*)

ISAB. La caza se me ha escondido.
Ya no encuentro á qué tirar.
FLOR. Ociosas para matar
son las armas que has traido.
ISAB. ¿Requiebros, Flora?
FLOR. Es de veras.
Si amor te da sus arpones
para cazar corazones,
¿á qué perseguir las fieras?
ISAB. Al verme tan animosa
pienso que hablas de temor.
FLOR. Mejor hablara de amor
al mirarte tan hermosa.
Holgárame que te viera
Federico en ese traje.
ISAB. Envíale, Flora, un paje.
FLOR. Buena diligencia fuera.—
Pero, si no es que me engaña
lo airoso y galan del talle,
él baja del monte al valle
y mi Tristán le acompaña.
ISAB. No te engaña el pensamiento.
Hay hombres de tal donaire
que tienen alma en el aire
de cualquiera movimiento.
FLOR. El es; sí: no hay que dudar.—
Aun no te ha llegado á ver.
ISAB. Vente conmigo á esconder;
que le quiero saltear.
(*se esconden entre los árboles.*)

ESCENA II.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTÁN.

FED. Tristán, ¿no viste á Isabel?
TRIS. Yo no he visto mas que á Flor.
FED. Estaba con su señora
á fuer de criada fiel.
TRIS. Querer tú sin ser lebrel
rastrearlas, es vano afan.
¡A saber dónde estarán!
FED. (*llamando.*) ¡Isabel!
TRIS. ¡Locos extremos!
Mejor es que nos sentemos
á esperarlas.
FED. ¡Ay Tristán!
TRIS. A la sombra de esta encina...
FED. No, Tristán. Conmigo ven...
(*se presentan Isabel y Flora.*)
ISAB. ¡Téngase todo hombre!
FED. ¿A quién?
ISAB. A amor.
FED. Isabel divina,
si quieres del que camina
apropiarte los despojos,
¿para qué tantos enojos?
Deja el arcabuz, te ruego,
que mas ardiente es el fuego
de tus hechiceros ojos.
Dicen que Palas dormia,
depuesta entre la verdura
la guarnecida armadura
de plumas y argentería,
y Venus por bizarría
se la puso, á quien severo
dijo Amor: madre, no quiero
en mi altar sangrientas palmas.
Con almas se matan almas;
que no con armas de acero.—

44

¿Culpabas ya mi tardanza?
ISAB. No; que de tu amor no dudo,
mas solo halagarme pudo
en tu ausencia la esperanza.
FED. Quien tanta ventura alcanza,
mi bien, ¿qué puede envidiar?
Me detuve á mi pesar
sirviendo al Emperador,
que solo por él mi amor
sin ti pudiera alentar.
Con todos sus caballeros
viene cazando á estas sierras
y visitando sus tierras...
Mas ya llegan los monteros
por diferentes senderos.—
Adios. (¡Oh tirana suerte!)
Quisiera un favor deberte
por tu vida, dueño mio.
ISAB. Tú mandas en mi albedrío.
¿En qué puedo complacerte?
FED. El César, hermosa mia,
es jóven y enamorado.
Si te viera en este prado
hablarte desearia.
Es galan, es generoso,
y en medio de su grandeza
por él más de una belleza
perdió de su alma el reposo.
Si te habla, será de amor;
y esto acabará conmigo,
que es muy temible enemigo
tan poderoso Señor.
Quisiera que no le vieras.
Dame este gusto, señora.
Vete á la granja de Flora.—
Si tan hermosa no fueras
no tanto le temería.
ISAB. Tú le temes sin razon,
que nunca á mi corazon
su imperio se extendería.
Bien puede el César mandar
sus florecientes estados
y con sus fuertes soldados
todo el mundo sujuzgar;
pero vive satisfecho
de que no hay poder bastante
para rendir de tu amante
el enamorado pecho.
FED. Así lo creo, bien mio;
pero temo á tu belleza,
temo á tu excelsa grandeza,
y temo al destino impío.
Mejor es que no le veas.
ISAB. Aunque me parece injusto,
tan solo por darte gusto
voy á hacer lo que deseas.
TRIS. Y escóndete tu, mi Flora,
tambien; que los caballeros
vienen con sus escuderos.
FLOR. ¿Tienes celos?
TRIS. Si, señora.
FLOR. Tu temor me martiriza.
TRIS. No te temo por hermosa,
porque no vales gran cosa,
sino por antojadiza.
Mejor es que te retires;
que, aunque te mueres por mí,
no respondo yo de tí,
sino en tanto que no mires.
FLOR. Tristan, yo soy recatada,
y nunca mi pecho amante...
TRIS. Ya lo sé, Flora.—No obstante,
mejor estás encerrada.
ISAB. Adios.
FED. Adios, mi señora.
Montes y valles, paciencia;
que breve será la ausencia
de mi bien y vuestra aurora. (*vase*.)
TRIS. Valles, perdonad que Flora
se va á esconder. No es exceso;
que no dejareis por eso
de ver al sol y á la aurora.

ESCENA III.

ISABELA, FLORA.

FLOR. Cavilosa estás.
ISAB. Me ha dado
lo que nunca imaginé.
FLOR. ¿Es deseo?
ISAB. Si.
FLOR. ¿De qué?
ISAB. De lo que has adivinado.
FLOR. De ver al Emperador
me parece que será.
ISAB. ¿Quién de ver no le tendrá
á tan ínclito Señor?
FLOR. ¡Qué aprension tan singular!
Necio en privártelo fué
Federico.
ISAB. Pues á fé
que he de verle á su pesar.
FLOR. Bien hecho. Es inclinacion
que tenemos por herencia.
ISAB. La primer desobediencia
nació de la privacion.
¿Qué agravio al honor hiciera
de galan, y no marido,
por ver al esclarecido
César que en el mundo impera?
FLOR. Decir que es gentil mancebo
y te puede codiciar
es achaque de no dar
gusto.
ISAB. Es un género nuevo
de tiranía insufrible.
El ver ¿á quién causa enojos?
O ha de sacarme los ojos
ó pretende un imposible.
Yo, Flora, tengo de ver
al César; si bien será
disfrazada.
FLOR. Cerca está.
ISAB. O ver, ó no ser mujer.
Me condena el padre mio,
por que él está desterrado,
á ver solo un monte, un prado,
y entrando en el mar un rio;
y un dia que viene aquí
el águila con el pico
de oro y perlas, Federico
¿me manda esconder á mí?—
Sígueme.
FLOR. Extraños antojos
los de los amantes son.
ISAB. El manda en mi corazon;
pero yo mando en mis ojos.

ESCENA IV.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FAVIO, ACOMPAÑAMIENTO.

EMP. Cansado estoy.
ALEJ. Es el dia
caluroso por extremo.
EMP. Haced, yerbas olorosas,
silla al que tiene el Imperio
de Alemania y en Italia
y Roma el sagrado cetro.
¿Qué dosel como esos olmos?
¿Qué melodioso concierto
como el canto de las aves,
á cuyos dulces gorgeos
se une el blando susurrar
de aquel plácido arroyuelo?—
Mas ¿dónde está Federico?
ALEJ. Luego que fuiste siguiendo
al veloz ciervo ramoso
que es de tus armas trofeo,
se fué entrando por el monte
con Tristan el escudero.—
Pero ya vienen los dos.

ESCENA V.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FAVIO, FEDERICO, TRISTÁN, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. (*ap. con Tristán.*) ¿Si me habrán echado menos?
TRIS. ¿Eso dudas?
EMP. Federico,
¿dónde has estado? ¿Qué has hecho?
FED. Codicioso de seguir
á un jabalí mas soberbio
que aquel famoso de Arcadia
que abrió de Adónis el pecho,
perdí el camino, Señor;
hasta que de tus monteros
de una peña repetidos
me trajeron aquí los ecos.
EMP. No se le puede negar
á la caza, caballeros,
ser el mas noble ejercicio,
y de antiguos y modernos
justamente celebrado.
Envidio el famoso esfuerzo
del africano que mata
en el arenal desierto
con solo el desnudo brazo
y las dos puntas de acero
al rey de los animales.
FED. Noble ejercicio en efecto
es la caza cuando solo
la usamos como recreo;
mas si en pasion degenera
de ningun modo la apruebo;
que suele dar al olvido
los mas dulces sentimientos.
EMP. Toda pasion es nociva
cuando al saludable freno
de la razon se rebela.
Mas, ya que no vive exento
ningun mortal de pasiones
desde el monarca hasta el siervo,
¿cuál tienes por la primera?
FED. Dejando afectos diversos,
yo la ira y el amor.
EMP. ¿Y cuál la mas fuerte?
FED. Tengo
la ira por mas vehemente.
De ella los sabios dijeron
que es una breve locura
que ciega el entendimiento.
EMP. Te engañas; porque la ira
dura solamente el tiempo
que dilata la venganza:
no asi el amor; pues sabemos
que puede durar después
de ejecutado el deseo
toda la vida de un hombre;
y es fácil aquí el ejemplo:
que podeis todos vosotros
tener encendido el pecho
de amor ahora, y ninguno
tener ira; luego es cierto
que es mayor pasion amor.
FED. Que es la mas noble confieso,
pero no que es la mas fuerte.
EMP. Vosotros que estais oyendo
al discreto Federico
un pensamiento tan necio,
¿qué decis de su opinion?
Mas declarad me primero
si amais. No creo posible
que donde hay tantos portentos
de hermosura y discrecion
esteis libres de este afecto.—
Dí tú, Fabio, por mi vida.
FAB. Yo, señor, con nadie tengo
ira; amor sí.
EMP. ¿Quiéres bien?
FAB. A una dama galanteo
con mas amor que esperanza.
EMP. ¿Tú, Rodulfo?
ROD. Yo confieso
que cuando no tengo amores
estoy fuera de mi centro.
EMP. ¿Tú, Alejandro?
ALEJ. Gran Señor,
un imposible pretendo.
EMP. Tristán, ya que estás aquí
di tu razon; porque quiero
vencer con todos los votos.
TRIS. Señor...
EMP. Vamos, di.
TRIS. Obedezco.
Yo quise á una morenilla,
entre otras, cuyos ojuelos
si un avaro los tuviese
candiles hiciera de ellos.
¡Qué boca aquella! ¡Qué manos,
Señor, si pidieran menos!
¡Qué buen talle! Y sobre todo
¡qué hermosísimo desuello!
Su padre se fué á una aldea.
Entré en la casa resuelto;
pero volvió de improviso.
Era muy crudo el invierno.
Escondióme en un tejado...,
de su padre; no del cierzo.
Riyó el alba mas que nunca
viendo á un galan escudero
convertido en chimenea;
y al salir de aquel aprieto,
¡una y no mas! dije yo.

Si otra vez amores tengo
mas abrigados serán,
aunque me deleiten menos;
que amar de tejas arriba
es ser gato; no escudero.

Emp. ¿Por qué callas, Federico?

Fed. (Mi amor ocultarle debo,
que está en su desgracia el Duque.)
Yo callo, porque no puedo
siendo ignorante de amor
ayudar á tu argumento.
En toda mi vida quise,
ni dije á mujer requiebros,
ni escribí carta amorosa,
ni tuve de nadie celos,
ni me vió rondar la noche,
ni oyó mis quejas el viento,
ni supe qué eran desdenes
ni favores; porque tengo
de las tragedias de amor
innumerables ejemplos.

Emp. Pues ¿qué has hecho, Federico,
de toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿Tú eres noble?
¿Tú valiente? ¿Tú discreto?
¿En qué desierto has nacido?
¿Qué tigre te dió su pecho?
¿Qué hombre vivió sin amor
en el mundo donde vemos
á las fieras y á las plantas
gemir de amor y de celos?
Desde la choza al dosel
¿ignoras, hombre de hielo,
que amor es rey de los hombres?

Fed. Señor, en amor me empleo
de la virtud y los libros.

Emp. Laudable amor; no lo niego;
pero ¿hay cosa tan amable;
hay tan delicioso objeto
como una mujer hermosa
al humano entendimiento?—
Pues advierte, Federico,
que desde hoy, yo te lo ordeno,
has de buscar á quien ames,
humilde ó alto sujeto;
que yo no quiero á mi lado
hombre sin amor; pues creo
que sin él nadie es leal,
ni esforzado, ni discreto.
¿Me has entendido?

Fed. Está bien.
Buscar una dama ofrezco
á quien amar desde ahora.
(¿Y cómo si ya la tengo
mas bella que el mismo sol?)
Mas si no puedo ser dueño
de su mano sin deberla
á tu bondad...

Emp. Te prometo
que con ella has de casarte
si consiste en mí.

Fed. Yo acepto
vuestra palabra, Señor.

Voces (*dentro.*) Ataja, ataja.

Otra. Del cerro
pelado desciende al valle.

Otra. Suelta á Melampo, Roselio.

Emp. Corred todos: ¿qué esperais?
Yo en esta sombra os espero.

ESCENA VI.

El Emperador.

¿Será posible que un jóven
de elevado nacimiento,
discreto como ninguno,
y galan como el primero
sea insensible al amor,
cuando todos... Mas ¿qué veo?

ESCENA VII.

El Emperador, Isabela, Flora, Belardo.
(*Isabela y Flora vienen en traje de labradoras.*)

Isab. Muy mal nos habeis guiado.

Bel. Aquí estaban; bien decia.
No ha sido la culpa mia
si tan pronto se han marchado.

Flora. Ya se oyen lejos las voces.

Emp. (¡Qué graciosa labradora!
¿Sale mas fresca la aurora?)

Isab. Tu pienso que no conoces
al Emperador.

Bel. Yo no.

Isab. Mas no será menester,
que bien se echará de ver.

Bel. A otro Emperador ví yo
pintado; y así vendrá.

Isab. ¿Cómo?

Bel. Con un gran ropon
colorado, y un plaston
de oro en que un borrego está
entre muchos relumbrones,
corona, el mundo en la mano,
y aquel cetro soberano,
que manda á tantas naciones,
y la valerosa espada.

Flora. ¿Y ha de venir á cazar
de esa suerte?

Isab. ¿Aquí ha de andar
con la púrpura dorada?

Emp. (¡Hermosura singular!
¡Y en un monte se oscurece!)

Flora. Vaya: el César no parece:
bien te puedes retirar.

Isab. Sin ver á los cortesanos
siquiera, ¿me he de volver?

Emp. (Labradora puede ser
de corazones humanos.)

Isab. Allí he visto un caballero.—
¡Hola! ¿Qué digo, Señor?
¿Dónde está el Emperador?

Emp. Aquí, serrana, le espero.
Soy su privado. ¿Quereis
con él por ventura hablar?
Mucho podeis negociar
con las gracias que teneis;
porque siempre la belleza
lleva cartas de favor.

Isab. Ya sé que el Emperador
la soberana grandeza
humilla á cualquier mujer.

Emp. No á cualquiera; que en efecto
es quién es; mas yo os prometo
que si os acertara á ver
y oiros hablar así,
se perderia por vos.

Isab. ¿Perderse? ¡Válgame Dios!
Pues ¿no tiene el mundo allí?
¿Hay mas que buscarse en él?

EMP. Mas que mujer he juzgado
que ángel debeis ser formado
por el divino pincel.
Y así si alguno en el suelo
pretende buscarle, yerra,
que no se hallará en la tierra
quien se ha perdido en el cielo.
ISAB. No entendemos por acá
tan angélicos requiebros;
que entre castaños y enebros
humildemente se vá.
EMP. (¡Qué gracia! Mal me resisto.)
¿En dónde vivís?
ISAB. No sé.
EMP. Lo sabré yo.
ISAB. ¿Para qué?
EMP. Porque soy el que conquisto
para el César estas aves.
ISAB. Muy buen oficio teneis.
Medrareis y privareis;
que son bocados suaves.—
Así á vos os le haga Dios;
pues junto al César estais,
haced el bien que podais;
no sea todo para vos.
No digais de nadie mal;
que es bajeza y no es razon
trocar con mala intencion
un espíritu leal.
EMP. ¿Y ya os vais?
ISAB. Aunque con miedo
vine á ver al Soberano,
mas no á ningun cortesano.
Adios.
EMP. Esperad.
ISAB. No puedo.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, BELARDO.

EMP. ¡Oyes tú, buen labrador!
BEL. ¿Qué mandais?
EMP. Saber deseo
quién es esa labradora.
BEL. ¿Labradora? Mas discreto
os hacia yo.
EMP. ¿Por qué?
BEL. Aunque en traje tan grosero,
¿qué olor os dio de tomillo?
EMP. No os admireis: soy un necio.—
¿Cómo se llama?
BEL. Isabela;
la gala de estos oteros.
EMP. ¿Quién es Isabela?
BEL. Es hija
del duque Octavio.
EMP. Ya tengo
noticia del duque Octavio,
y tambien de su destierro.
BEL. No tiene el César razon
en tenerle tanto tiempo
desterrado de la córte.
EMP. Decis bien. (Ahora entiendo
lo que Isabela me dijo.)
BEL. Mi amo es tan buen caballero...
EMP. Basta. ¿Es casada Isabela?
BEL. No, señor; porque está el viejo
muy pobre.
EMP. ¿No es ella hermosa?
BEL. No es el dote de estos tiempos.
EMP. ¿Dónde vive?
BEL. A mano izquierda
entre esos robles y tejos
se esfuerzan dos torres mochas
para ser mas altas que ellos.
Allí pasa su tristeza
y su vejez... Mas ya siento
vuestra gente.—Adios, adios;
que me echará el Duque menos.

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, TRISTAN, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. Yace nadando en su sangre
el cerdoso bruto. Os ruego
vengais á verle.
EMP. En la quinta
de Octavio, que no esta lejos,
le veré. Venid; que allí
pasar la noche resuelvo.
FED. (¡Ay triste!) ¿De Octavio? ¿Olvidas
que fué tu enemigo?
EMP. El tiempo
todo lo borra.
FED. Mas ¿quién
te ha dicho que este desierto
es su albergue?
EMP. Un labrador.
FED. Ir á verle en su destierro
no es político...
EMP. ¿Qué importa
si perdonarle es mi intento?
FED. Está en la aldea inmediata
todo el servicio...
EMP. Traedlo.
FED. Es ya tarde...
EMP. Aunque lo sea.
FED. Todo estará allí dispuesto...
EMP. ¡Eh! ya basta, Federico.—
Seguidme.—Hoy estais muy necio.
(Vanse todos, quedan los últimos Feder y Tris.)
TRIS. Huyendo del perejil
te salió en la frente.
TRIS. Ha muerto,
Tristán, mi dulce esperanza.
FED. Téngala Dios en el cielo.

ACTO SEGUNDO.

SALA EN LA QUINTA DE OCTAVIO. ES DE NOCHE.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, BELARDO.

OCT. La vuelta de Federico
que viene el César confirma.
BEL. Digo que he visto, Señor,
acercarse á nuestra quinta
gente del Real servicio,
instrumentos de cocina
y ¡qué sé yo cuántas cosas!
Y tan ufanas venian
las acémilas que llevan
los reposteros encima
con las armas del imperio,
que dije: si estas caminan
tan soberbias porque traen

cosas de tan baja estima,
¿qué mucho que lo parezcan
los que tan cerca se miran
del señor Emperador?

Oct. No sé por donde mi dicha
le ha traido á nuestro monte,
ni como ya se le olvida
lo que tuvo por agravio:
Presumo que determina
perdonarme.

Bel. Así lo creo;
y ya os pido las albricias,
que es señor muy bondadoso.

Oct. Cuando la guerra se hacian
el César y el de Sajonia
por la imperial monarquía,
dejé el partido de Otón,
teniendo mayor justicia,
porque el mando de las tropas
me usurpó la negra envidia.
Triunfó su valor excelso
de las armas enemigas,
y al ceñir su heróica frente
las imperiales insignias,
no menos que su valor
su augusta clemencia brilla;
pues, en obsequio tal vez
de mis proezas antiguas,
pudiendo verter mi sangre
con destierro me castiga.
¿Quién sabe si, aun mas piadoso...
Mas ó me engaña la vista,
ó ya la escalera sube
con su imperial comitiva.

Bel. ¡Cuánto señor, Vírgen santa!

Oct. Corre y á Isabel avisa
que tengo al César por huésped.
Quiero que esté prevenida
para besarle la mano.

ESCENA II.

El Emperador, Federico, Tristán, Octavio, Alejandro, Rodulfo, Fabio, Acompañamiento.

Fed. Aquí está el duque.

Oct. Y se humilla,
gran Señor, á vuestros piés
en donde lágrimas sirvan
de palabras; que mejor
con ellas se significan
los sentimientos del alma.

Emp. Quien á vuestra casa misma
viene, Octavio, claro está
que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro imperio
entre el acero y la oliva
dice que perdona humildes
y que soberbios castiga.
Yo os abrazo, que es la pluma
que las amistades firma,
y mis agravios olvido.

Oct. Vuestra Magestad invicta,
soberano Otón, bien sabe
que con alma arrepentida
me sepulté en estos montes
á lamentar mi desdicha,
pudiendo del de Sajonia,
cuyas banderas seguia,
admitir grandes mercedes.

Emp. No es menester referirlas,
sino saber que tendreis
con este perdon las mias.

Fed *(ap. con Tristán.)* Temblando, Tristán, estoy.

Tris. ¿Y de qué?

Fed. De que le diga
que quiere ver á Isabela.

Tris. ¿Y qué habrá después de vista?

Fed. ¡Ay! ¿Quién la ve sin amarla?
Y si una vez le cautiva
su hermosura, ¿quién será
el que á un Monarca resista?

Oct. Señor, como no esperaba
gozar de tan alta dicha
y de sorpresa venís
á alojaros en mi quinta,
nada tengo prevenido...
Disimulad que no os sirva
cual quisiera...

Emp. Soy soldado,
y las marciales fatigas
me enseñaron á ser sóbrio.—
Mañana al rayar el dia
quiero volver á la Córte.

Oct. ¿Tan pronto, señor?

Emp. Me obligan
atenciones del gobierno.
Vendreis en mi compañía,
Octavio.

Oct. Dejad, Señor,
que á vuestras plantas invictas...

Emp. Alzad.—Federico, escucha.
(En voz baja y apartándole á un lado.)
Ya me parece que hacia
agravio á tu lealtad
callando de mi venida
el motivo.

Fed. (Demasiado
mi despecho lo adivina.)

Emp. Cuando de mi os separásteis
salió de entre las encinas
vestida de labradora
una mujer..., una ninfa
dijera con mas razon,
ídolo de estas campiñas.
¡Con qué donaire me dijo
que deseosa venia
de ver al Emperador!
Por mas libremente oirla
no la dije que yo era.—
Su hermosura y gallardía
fueron un rayo á mi alma.
No he visto cosa mas linda
desde que tengo el laurel
de Alemania; ni en mi vida
sentí mas vehemente anhelo
de una amorosa conquista.
Por eso he venido aquí
sabiendo que era la hija
del Duque.—Dile al descuido
que me enseñe su familia.

Fed. (¡Perdido soy!)

Emp. Y á Isabela
le dirás que amor me obliga
á tanto exceso, y que á solas
honestamente permita
que hablemos los dos.

Fed. Señor...
¿Sola Isabela venia
á verte?

Emp. Asi me lo dijo.
Fed. Esa es una accion indigna
de su fama y de su nombre.
Emp. ¿Por qué tanto la acriminas?
Fed. ¡Salir sola de su casa!
¡Qué liviandad! ¡Qué mancilla!
¡Qué baldon!
Emp. Eres severo,
Federico, en demasía.
Fed. La curiosidad, Señor,
en su estado es muy mal vista.
Mejor estaba Isabela
en la granja.
Emp. Tú te irritas
como si fuera tu dama.
Fed. ¡El cielo no lo permita!
Pero como su recato
tanto la fama publica,
extraño mucho.... (¡Ah traidora!)
Emp. Pero ¿ignoras tú que incita
toda novedad los ojos
de las mujeres?
Fed. Es digna
tu grandeza de mayores
milagros.
Emp. Todo lo miran,
todo lo ven las mujeres:
sola una cosa codician
aun mas que el gusto de ver.
Fed. ¿Cuál, Señor?
Emp. El de ser vistas.
Fed. (¡Loco estoy!)
Emp. Si de mirar
y ser miradas las privan,
no hay freno que las contenga.
Harán mil cosas indignas;
romperán torres; saldrán
por rejas; pondrán mil vidas
y mil honras en peligro.
Fed. (¡Bien lo dice mi desdicha!)
Voy á servirte. (¡Oh mujeres!
¡Oh curiosidad maldita!
Bien hacen en encerraros
con cien llaves en Turquía.)
Señor, ya no es menester
que al duque Octavio le diga
lo que mandaste. Ella viene.

ESCENA III.

El Emperador, Federico, Tristan, Octavio, Alejandro, Rodulfo, Fabio, Isabela, Flora, Acompañamiento.

Isab. Vuestra Majestad permita
que á sus plantas humillada...
Alej. No soy yo, señora mia.—
Allí está el Emperador.
Flora (*ap. con Isabela.*) ¡Ay señora! Por tu vida
que es el que hablaste en el monte.
Isab. El alma me lo decia,
y no lo quise creer.—
Dejad, Señor, que se rinda
esta esclava á vuestros piés.—
Emp. Que los brazos os reciban
es mas justo.
Tris. (Qué mal gesto
pone mi amo! ¡Cuál la mira!)
Emp. (*ap. con Federico.*) Mírala bien, Federico.
¡Qué beldad tan peregrina!
Fed. (Demonio la juzgo yo.)
No es tan grande maravilla.
Emp. Nieve pura es su garganta.
Fed. Estas blancas ¡son tan frias!...
Emp. Envidia á la rosa da
el color de sus mejillas.
Fed. Será acaso la vergüenza...
¿Y quién sabe si se pinta?
Emp. Sus ojos son dos luceros.
Fed. Miran con mucha osadía.
Emp. Su gravedad...
Fed. Es orgullo.
Emp. Y su modestia...
Fed. Fingida.
Emp. Ciego estás cuando eso dices.
Fed. (Sí; tal me tiene la ira.)
Señor, á mi me parece
su camarera mas linda.
Emp. ¡Qué necio! — Pero no extraño
que tal desatino diga
hombre que jamás amó.
Fed. (No ha sido tanta mi dicha.)
Emp. (*á Isabela.*) Para volver á mi gracia
¿qué intercesora podia
traer como vos el Duque?
Isab. Laurel de mil mundos ciña
esa generosa frente.
Oct. Si Vuestra Alteza se digna
de honrar el pobre aposento
que mi humildad le destina...
Emp. Está bien; guiad, Octavio.
Allí en sociedad festiva,
sin molestas ceremonias
que en la Corte me fatigan,
entretendremos el tiempo
hasta que la cena sirvan.—
Federico, da la mano
á Isabela.
(*Parte el Emperador hablando con Octavio; le siguen los caballeros, y Federico que lleva de la mano á Isabela habla con ella á hurto.*)
Fed. ¡Ah fementida!
Isab. Pues ¿qué culpa tengo yo?
Fed. Pregúntalo á las encinas
donde fuiste á ver al César.
¡Eres mujer!
Emp. (*volviendo.*) ¿Qué decías
á Isabela?
Fed. Que sus ojos...
á los monarcas hechizan.
Emp. Es que amor anida en ellos.
Fed. (¡Qué traicion!)
Isab. (¡Qué necia envidia!)

ESCENA IV.

Flora, Tristan.

Flor. ¿Y tú no me das la mano?
Tris. En cinco dagas buidas
quisiera volver los dedos.
Flor. ¡Jesus, qué locura!
Tris. Hija
de... tu madre, ¿tambien tú
con tu ama sales á vistas?
No sé cómo no te mato.
Flor. Esa es mucha tirania.
Tris. Disculpo la presuncion
en la que nació bonita;
Pero ¿en ti? ¡Quita allá!...
Flor. Hermosa
me llamastes algun dia.

TRIS. Es que el amor te pintaba,
y ahora los celos te pintan.
Angel te llamaba entonces;
y ahora te llamo arpía.
FLOR. ¿Arpía yo?
TRIS. Afan de ver
que á las hembras precipitas,
¡cuántas Lucrecias por tí
se volvieron Mesalinas!
FLOR. ¡Qué quieres! Tenemos ojos;
y los ojos...
TRIS. Dilo.
FLOR. Miran.
TRIS. ¡Mal cuervo aposente el pico
en la mitad de tus niñas!
FLOR. Pues ¿á quién ofende el ver?
TRIS. Vamos; el diablo os pellizca
en habiendo novedad.
FLOR. ¿Y vosotros?
TRIS. Pues ¿querias
disputarnos á los hombres
¡oh petulancia inaudita!
la libertad que tenemos
por ejecutoria antigua?
FLOR. Con eso no ven mujer
que luego no la codician
los hombres.
TRIS. Flora, entre yeguas
todo caballo relincha.
FLOR. Adios, que viene tu amo.
Cúrate de la manía
de celoso, si no quieres
consumirte en cuatro días.

ESCENA V.

TRISTAN, FEDERICO.

TRIS. ¿Cómo abandonas al César?
FED. ¿Cómo quieres que á la vista
de esa pérfida mujer
devore la rabia mia?
Huyo de ella; de mis celos;
del César; de mi desdicha...,
de mí mismo.—¡Ah! si la vieras...
Ni aun de mirarme se digna.
Solo tiene ojos la ingrata
para el César.
TRIS. ¿Quién se fia
de mujeres?
FED. Al oir
sus halagüeñas caricias,
en aquel labio perjuro
brilla la dulce sonrisa
que falsa me embelesaba
y ahora veráz me irrita.
TRIS. ¡Qué vanas son las mujeres!
Tantas finezas olvida
porque un César la requiebra.
A fé que si se le arrima
un pobrete como yo,
no la hallará tan propicia.
FED. ¿Qué me aconsejas, Tristán?
TRIS. Que de su orgullo te rias;
y otra al puesto.
FED. ¡Ah! no es posible;
que á pesar de su perfidia
la adora mi corazon.
TRIS. Apela á la medicina
de la ausencia; y que me empalen
si en dos meses no la olvidas.
Vámonos, y no paremos
hasta el Japon ó la China.
FED. ¿Adónde iré que la imágen
de esa infiel no me persiga?
TRIS. Pues mátala.
FED. ¡Yo matarla!
No, que su vida es mi vida.
TRIS. Mata al César.
FED. Soy leal.
TRIS. Pues ¿qué quieres que te diga?
Mátate tú.
FED. Dices bien;
que ya mi estrella maligna
otro arbitrio no me deja.
Moriré, y la fementida
Isabel...

ESCENA VI.

FEDERICO, TRISTAN, ALEJANDRO.

ALEJ. Quisiera hablaros
á solas.
TRIS. Segun se explica
el señor, yo estoy haciendo
falta en la caballeriza.

ESCENA VII.

FEDERICO, ALEJANDRO.

FED. Ya estamos solos. Decid.
ALEJ. Puesto que teneis la dicha
de que el César entre tantos
caballeros os distinga,
justa recompensa á vuestras
hazañas esclarecidas;
un favor quiero pediros.
FED. Muy justo será que os sirva
en cuanto pueda. ¿Quereis
algun mando en la milicia?
ALEJ. Otra es mi ambicion, amigo.
Isabel, la hermosa hija
de Octavio...
FED. Acabad.
ALEJ. Merece
del mundo la monarquía.
¿Qué mucho si yo...
FED. (¡Oh furor!)
¿La amais?
ALEJ. Si logro que admita
mi mano...
FED. ¿Ella vuestra mano?
Antes se la cortaria
quien...
ALEJ. ¿Qué decis?
FED. Que Isabel
no es para vos.
ALEJ. Maravilla
me causa oiros hablar
así. ¿Mi mano es indigna
de la suya?
FED. Otro la adora
antes que vos; otro aspira
á su dulce posesion
que será del mundo envidia;
y es muy temible adversario
cuando los celos le irritan.
ALEJ. Si por vuestro influjo el César
mi deseo patrocina,
á nadie temo. Decidle...
FED. No; no os canseis. (Mal la ira
puedo enfrenar.) Ya os he dicho

que es temeraria osadía
aspirar vos á su mano.
Alej. Pero explicadme ese enigma.
¿Quién me disputa á Isabel?
Fed (¡Oh, que por una manía
necia la triste pasion
que mi pecho martiriza
oculte yo, y no le pueda
matar!)
Alej. ¿Quién la solicita?
Fed. ¿Quién?... El César. Atreveos
á quitarle su conquista.
Alej. ¿Vos lo sabeis?
Fed. (¡Demasiado!)
Sinó, ¿á qué fin lo diria?
Alej. He visto que la festeja;
pero, como tanto dista
del Trono Isabel, dudaba...
Fed. ¡Ah! todo lo facilita
el poder.
Alej. Mucho celebro
que me deis esa noticia
á tan buen tiempo. No es justo
que yo con Oton compita.
Soy desgraciado: en la cuna
murió la esperanza mia.

ESCENA VIII.

Federico, Alejandro, Fabio.

Fabio. El César os llama.
Alej. (*al oido á Federico.*) Oid:
no digais por vuestra vida
que yo...
Fed. Vivid descuidado.
(*Entran todos en la habitacion donde se halla el Emperador: Federico el último.*)
Todos contra mi conspiran,
y ese necio... ¡Bueno fuera
que llegase mi ignominia
hasta interceder por él!
Fuerza será que desista
de su temerario intento;
que con el César podria
callar, sufrir..., mas ¿con él?
Le he de matar si la mira.

ACTO TERCERO.

SALON EN CASA DE OCTAVIO, EN LA CORTE.

ESCENA PRIMERA.

Federico, Tristán.

Fed. Ya que Isabela salió
y es forzoso que la espere,
pues el César, ó mas bien
la ojeriza de mi suerte,
á quien me mata de celos
me manda dar parabienes;
ahora que no lo estorban
testigos impertinentes,
dime, Tristan; ¿qué te dijo
esta mañana esa aleve?
Tris. Me dió mil quejas de tí,
que, si su labio no miente,
hubieran enternecido
el corazon de un corchete.
Fed. ¿Quejas? ¡Cuánto mas amargas
dárselas mi labio puede!
Tris. Pues yo, señor, juraria
que Isabel está inocente.
Fed. ¡Pluguiera á Dios! Mas ¿por qué
cuando mi amor la previene
que al Emperador no vea,
obedecer me promete;
y después...
Tris. Quien eso estraña
no conoce á la mujeres.
Si no la hubieras mandado
con tanto afan que no viese
no te afligirian celos.
¿Ignoras tú que ellas suelen
hacerlo todo al revés?
Fed. Como relámpago leve
huyó mi dicha. ¡Infeliz
el que dama hermosa tiene!
Tris. Para que todos la ronden,
y él rabie y se desespere
y... Pero ¿merecen ellas,
las muy... Pues á pelo viene,
oye esta pintura fiel
de las señoras mujeres.
Dichosa se llama aquella
que nació graciosa y linda;
no hay pecho que no se rinda
al hechizo de una bella.
Ya miran con dulce agrado,
ya del ceño hacen alarde,
para alentar al cobarde,
y escarmentar al osado.
Su poder corre parejas
con el mas alto poder.
Gran fortuna es ser mujer....
si no llegaran á viejas.
Mas el fatal calendario
harto su vejez avanza;
y allí tomamos venganza
de su orgullo temerario.
Allí el necio que gastó
su hacienda, la cobra en risa;
allí el despreciado, pisa
la hermosura que adoró.
Allí la rosa y jazmin,
si no son falsa moneda,
huyeron, y ya no queda
al serafin sino el fin.
Ya de aquel rostro nevado
el cútis tan terso y fino
es rugoso pergamino
de cronicon olvidado.
A la que rabiar nos hizo
ya por toda regalía
le queda el nombre de tia,
y en ocasiones postizo.
Allí la cara que intenta
hacer al sol igualdad
parece rapado abad,
y mas si engorda á cincuenta.
La jaqueca la maltrata;
el flato la desazona;
por envidia es regañona,
y por recurso beata.
Fed. Basta ya; y dime...
Tris. Salió
Flora; me dió mil abrazos,

pero le apartó los brazos...
¿Quién dirás?
FED. Pues ¿lo sé yo?
TRIS. Hazte el simple.—Tu Isabela
que salió oyendo mi voz
á abrazarme mas veloz
que la garza cuando vuela.
Suelto el cabello venía,
y así como me abrazó
tanto mi hombro engalanó
como al valle el nuevo dia.
Celebré mucho el favor
de verme, aunque era postiza,
con una muceta riza
de peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja
como envidioso al soslayo;
que bien diera el mejor rayo
por tan hermosa guedeja.
Lo primero en que me habló
fué en tu crueldad; pues no quieres
verla.
FED. ¡Así son las mujeres!
No la ví porque ella vió.
El Emperador la adora
porque ella le quiso ver.
¡Forzoso será ceder!
TRIS. Un remedio queda ahora.
FED. ¿Cuál?
TRIS. El César te ha mandado
busques dama á quien amar.
Dí que andándola á buscar
con Isabela has topado;
que como te quiere bien
podrá ser que liberal
te la deje.
FED. Mayor mal
resultar puede tambien;
pues sería hacer de modo,
si celoso se enojase,
que de aquí me desterrase,
y lo perdería todo.
Mejor es disimular
y dejar á la fortuna
mi esperanza, si en alguna
puedo mi dicha fundar.
Además que, como ha dado
en el extraño capricho
de que amen todos, le he dicho
que estoy de otra enamorado.
Pero en fin ¿en qué paró
la plática?
TRIS. En un efeto
de amor que de lo secreto
del alma al rostro salió.
FED. ¿Cómo?
TRIS. Por ser cosa fria
esto de las perlas ya,
que aun el mar del Sur está
cansado de las que cria,
no digo que las lloró,
digo que lágrimas vi.
Tú allá sabrás para tí
si fueron perlas ó no.
FED. ¡Lágrimas! ¡Ah! ¿No me engañas?
¿Es cierto que el dueño mio...
TRIS. Quedo, que vienen.

ESCENA II.

FEDERICO, TRISTÁN, ISABELA, FLORA.

ISAB. ¡Qué veo!
¿Es mi bien? ¿Es Federico?
FED. No sin ocasion lo dudas;
que quien tan justo motivo
para no pisar tu casa
en tu ingratitud ha visto,
deberia para siempre
sepultarte en el olvido.
Mas no creas, Isabela,
que con ruegos y suspiros
la fe de tus juramentos
á reclamar he venido.
El Emperador me envia:
obedecerle es preciso.
No ya para mí, que soy
de tanta ventura indigno;
para el venturoso César
tus favores solicito.
Le enamoraron tus ojos
viéndole á despecho mio;
y de tu culpa, Isabela,
yo solo sufro el castigo.
ISAB. De ver á un hombre, á mirarle,
sabes que hay mucho camino.
Verle pudo ser flaqueza,
bien disculpable en mi juicio;
mirarle amante sería
imperdonable delito,
en quien ya te reconoce
por dueño de su albedrío.
¡Funesta curiosidad!
¡Oh, quien hubiera previsto
sus fatales consecuencias!
Pero acaso ¿está en mi arbitrio
haber dejado de ver?
Harto ya los ojos mios
un breve error expiaron
en lágrimas sumergidos.
FED. ¿Qué vale ese tierno llanto,
si es cierto que tu cariño
lo vierte, qué vale, ¡ay triste!
cuando mi adverso destino
á perderte me condena?
Cesad, plácidos delirios
de mi amor; dulce esperanza
que halagabas mis sentidos,
baja conmigo á la tumba;
y tú vive, dueño mio;
vive, y sé feliz. Tu dicha
será de mi mal alivio.
Oton perdona á tu padre,
le devuelve sus antiguos
honores; y á tí, señora,
el título ha conferido
de condesa: véle aquí.
No á tan altos beneficios
ingrata seas, ni luches
contra el poder del destino.
ISAB. Si mas que letras tuviera
ese título castillos
y ciudades; si me diese
Oton el imperio mismo
de Alemania, ni un momento
pudiera del pecho mio
borrar la halagüeña imágen
de mi amado Federico.

Tú verás que, si en mal hora
fuí curiosa, no me rindo
al poder...
FLORA. El César viene.
FED. Isabel, yo te suplico
por mi amor, que disimules
con el César. Soy perdido
si llega á saber...

ESCENA III.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTÁN, EL EMPERADOR.

EMP. Condesa,
bien pruebo cuánto os estimo
viniéndoos á ver. ¿Habeis
descansado del camino?
ISAB. Tan cerca está de la Corte
mi granja, que no he podido
cansarme mucho. —Esta silla (*ofreciéndosela.*)
quisiera que fuese un rico
dosel de estrellas del cielo.
EMP. Sentaos, señora, conmigo
y será del mismo sol.
FED. (*Ap. con Tris.*) ¡Y se sienta!—Pierdo el juicio.
TRIS. ¡Toma! ¡Si lo manda el César!
Y Dios quiera, Federico,
que no haga mas que sentarse.
FED. Eres un necio; un indigno;
y ¡ vive Dios...!
TRIS. Poco á poco:
no te enfades. Me desdigo.
ISAB. Beso á Vuestra Majestad
la mano, príncipe invicto,
por el título y las villas.
FED. (*Ap. con Tristán.*) ¡Y al traerlo no lo quiso!
¿Qué te parece, Tristán?
TRIS. Que hay aquí grande artificio.
Mira, toma; y después llora.
EMP. Este es un leve principio
de lo que en vuestro favor
me inspira un tierno cariño.
TRIS. (*ap. con Federico.*) ¡Cómo la requiebra! Estás
haciendo un papel lucido.
FED. ¿Y yo he de ahogar en mi pecho
los celos ? ¡Cruel suplicio!
EMP. Tal estoy desde que os vi
que no pienso ni imagino
cosa que de amor no sea.
De amor son todos los libros
que leo; ni otras pinturas
en mi habitacion permito
que las victorias de Venus
y las artes de Cupido.
He mandado expresamente
que no haya criado mio
sin amor: tanto que ya
hasta el mismo Federico
tiene dama. ¿Lo creyérais?
No hace mucho que me dijo
señas de su buena cara,
y que la ama con delirio
aunque la ha visto una vez
solamente.—Ha prometido
enseñármela.
ISAB. (Qué escucho!)
Mas yo no me maravillo
de que hoy esté enamorado,
porque siempre le he tenido
por galan.
EMP. El me ha jurado
que á nadie en su vida quiso
si no es en esta ocasion.
¿No digo bien, Federico?
FED. Sí; pero estoy enojado
con la señora á quien sirvo.
EMP. Serán celos.
FED. No lo niego.
Tengo el mayor enemigo
que pudo hallar mi desdicha:
discreto, galan, altivo,
soldado en fin, con mil prendas
que reconozco y envidio.
EMP. No lo creas; que los celos
hacen discretos y lindos
á muchos que no lo son.
¿Y quién habrá en mis dominios
que te venza en gallardía,
gala, discrecion y brio?
¿Qué caballero en mi Corte...
FED. Señor, excusad...
EMP. Te afirmo
que aun yo, con ser lo que soy,
no compitiera contigo.
FED. Señor, no me sonrojeis.
¿Merezco yo...
EMP. Federico
es la honra de Alemania,
Isabela. Yo le estimo
como á mi propia persona.
Una falta he conocido
sola en él, que es no querer.
ISAB. Vuestra Majestad ¿no ha dicho
que ya tiene dama? (¡Ingrato!)
EMP. Cierto; mas como ha nacido
ese pensamiento en él
después que del monte vino,
para ser un buen galan
es demasiado novicio.
FED. (*Ap. con Tristán.*) Como cierto la asegura
lo que por cumplir le digo.
TRIS. Ella disimula; pero,
sea vanidad ó cariño,
que yo mas que á lo segundo
á lo primero me inclino,
dentro de su corazon
hay Güelfos y Gibelinos.
ISAB. (*ap. con Flora.*) ¿Lo oiste, Flora? ¡Ama á otra
el traidor!
FLORA. Haz tú lo mismo.
ISAB ¡Y se quejaba de mí!
Mal mi cólera reprimo.
EMP. Este diamante en razon
de su firmeza apetece
vuestra mano, si merece
tanto favor mi pasion;
pero con la condicion
que os lo tengo de poner.
FED. (Si ella se deja vencer
de lo que el César le pide
con dura venganza mide
sus celos;... pero ¡es mujer!)
ISAB. Mucho en la obediencia gano;
que es duplicado favor
darme el diamante, Señor,
y ponerlo vuestra mano.
A un príncipe soberano,
siendo el anillo prision,
reconozco sujecion. (*Se quita el guante.*)

Emp. No hay en amor majestad.
Fed. (*ap. á Tris.*) ¿Se quita el guante?
Emp. Mostrad
el dedo del corazon.
Fed. ¡Tristán! (*ap. con Tris.*)
Tris. De eso no te espantes.
Hay mujer que se quitara
un zapato si se usara
traer en los piés diamantes.
Fed. ¡Oh mujeres inconstantes!
Emp. ¡Qué mano! La nieve pura
puede envidiar su blancura.
Tris. (*ap. con Feder.*) Mírala cómo se engríe.
Fed. ¡Y le mira! ¡Y se sonríe!
Tris. Disimula.
Fed. ¡Infiel! ¡Perjura!
Tris. Calla.
Fed. No sé dónde estoy.
Emp. Contento me iré de aquí
si me dais el guante á mí
por el diamante que os doy.
Isab. Dichosa en las ferias soy.
Fed. (*ap. con Tristán.*) No me puedo dominar.
Esta mujer va á acabar
conmigo.
Tris. Mal te ha de ir
si da el César en pedir
y ella no acierta á negar.
Emp. Perdonad si por mi amor
quedais sin guante. Más rico
os lo traerá Federico
aunque no de mas valor.
Tris. (*ap. con Federico.*) ¡Lo que es ser Emperador!
¡Qué fácilmente prodiga
dádivas á quien le obliga!
Si ha resuelto conquistarla
mañana es capaz de darla
el toison por una liga.
Fed. Mano hermosa y desleal
que tanto me desesperas,
vengar tus celos pudieras;
pero no con tanto mal.
Emp. ¿Federico?
Fed. (¡Estoy mortal!)
Emp. Acuérdame este favor.
Fed. No lo olvidaré, Señor.
Isab. (¡Qué bien salió mi venganza!)
Fed. (Si feneció mi esperanza,
¿cómo no muere mi amor?)

ESCENA IV.

El Emperador, Isabela, Flora, Federico, Tristán, Octavio, Rodulfo, Alejandro, Fabio.

Isab. Mi padre viene.
Oct. No puedo
pagar, Señor, con palabras
tanta merced, tanto honor.
Honren vuestros piés mis canas.
Hanme dicho que habeis dado,
despues de mercedes tantas,
título y tierra á Isabel,
con que ya puedo casarla;
porque de la hacienda mia
no le quedaba esperanza
consumida en tantas guerras.
Ahora, Señor, solo falta
que le deis tambien marido,
con que á mi vejez cansada
dareis vida y sucesion.
Emp. Los que ahora me acompañan
son lo mejor de mi Corte
y la gloria de Alemania.
Ahora diga Isabela
quién entre todos le agrada:
yo confirmo su eleccion.
Tris. (*ap. con su amo.*) ¡Buena ocasion! Hoy te casas.
Fed. No sé, Tristán. Mucho temo
el suceso; porque andan
encontradas estos dias
mi fortuna y mi esperanza.
Emp. ¿No tomais resolucion?
Oct. Señor, Isabela calla
con razon. De su silencio
seré intérprete, si mandas.—
Fabio, Alejandro y Rodulfo
son el honor de la patria
y muy dignos de Isabela;
pero el tener de tu gracia
tantas prendas Federico,
me obliga á pedir que hagas
á los tres esta merced.
Emp. Por mí no puedo excusarla.
¿Qué respondes, Isabela?
Isab Que mis méritos no alcanzan
á los que tiene persona
que mereció tu privanza.
Además de esto, Señor,
Federico tiene dama,
á quien quiere, como sabes;
y ningun hombre se casa
enamorado de otra.
Emp. (*á Octavio.*) No es cosa de violentarla.
Tratemos esto despacio;
y venidme á ver mañana.

ESCENA V.

Federico, Isabela, Tristán, Flora.

Fed. No sé cómo puedo hablarte.
Isab. Ni yo mirarte á la cara.
Fed. ¿Estas las lágrimas eran?
¡Falsa, fementida, ingrata!
Isab. ¿En qué ingratitud me has visto?
Fed. ¿Darle la mano no basta
á un hombre, aunque César sea
y Emperador de Alemania,
á mis ojos?—Y, además,
con resolucion tan clara,
cuando ya tomaba puerto
la nave de mi esperanza,
¿volverla con tal desden
al golfo, donde no aguarda
mas remedio que la muerte?
Isab. ¡Oh Federico, que me hablas
con celos del César!, lleva
tus engañosas palabras
á la dama que le has dicho.
Vénguete de mi inconstancia
su peregrina hermosura.
Fed. Tú te engañas y él se engaña.
Fué un artificio el decirle
que yo tenia otra dama.—
Mas ya que le aseguraste
fundada en tan débil causa
que no era yo para tí,
y tan infiel como vana,
quizá porque ya te sueñas

Emperatriz de Alemania,
me desprecias; te prometo,
pérfida mujer, que cuantas
veces oyere tu nombre,
ó pasare por tu casa,
ó viere criado tuyo,
ó retrato, ó prenda, ó carta,
maldeciré el necio amor
que te tuve; y si me trata
el alma de ti en mi vida,
tengo de sacarme el alma.

Isab. No quiero al César, ni quiero
riquezas; solo estimaba
tu amor. Si el mio fenece,
culpa solo a tu mudanza,
no porque le compre Oton
con diamantes; que son bajas
todas las joyas del mundo
para que se compren almas.—
Toma, Tristán, este anillo.

Tris. ¿Para qué?

Isab. Para que vayas
á venderlo para ti.

Tris. Señora...

Isab. No hables palabra.

Tris. (Por si acaso se arrepiente
pronto iré yo á hacerlo plata.)

Flor. Perdónale. Su cariño...

Isab. Calla, necia.

Flor. Escucha.

Isab. Calla.

Fed. ¡Ah falsa, que no te creo!

Isab. Ni lo pretendo.

Fed. ¡Mal haya
tu hermosura!

Isab. ¡Ojalá fuera
veneno! ¡Traidor!

Fed. ¡Ingrata!

Isab. Quisiera ser basilisco.

Fed. Yo quien primero mirara.

Isab. ¿Matarme querias?

Fed. Sí;
y arrancarte con mi daga
los ojos por que no vieras.

Isab. Yo sé cuando los llamabas
luceros.

Fed. Ya son infiernos
despues que miran y engañan.

Isab. Enviame mis papeles.

Fed. ¡Bueno fuera que guardara
mentiras!

Isab. Verdades eran.

Fed. Como tus palabras falsas.—
Adios para siempre.

Isab. Nunca
vuelvas á pisar mi casa.

Fed. Tú te acordarás de mí.

Isab. Tú llorarás mi venganza.

ESCENA VI.

Flora, Tristán.

Tris. Pérfida, ingrata, traidora,
injusta, fiera, malvada,
basilisco, cocodrilo...
¡mala nube de almorranas
me vengue de ti!

Flor. ¿Por qué
de esa manera me tratas?
¿No eres tú mi amor, Tristán?
¿En qué te ofendo?

Tris. ¿A mi?... En nada;
pero ya que mi señor
ha reñido con tu ama,
yo quiero reñir contigo
así,... por concomitancia.

Flor. Con que ¿solo me querias...

Tris. Como amante de reata.

Flor. ¡Bribon!

Tris. Flora, no me insultes.

Flor. Eres hombre.

Tris. Tú hembra,... y mala.

Flor. Tú te acordarás de mí.

Tris. Tú llorarás mi venganza.

ACTO CUARTO.

Decoracion de calle con la fachada de la casa del duque Octavio, y una reja en ella. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El Emperador, Federico, Alejandro, Rodulfo, Fabio, Tristán.

Fed. Ya es hora de retiraros,
Señor. Es muy tarde, y puede
ofenderos el sereno.

Emp. Quien entre lluvias y nieves
pasó acampado las noches
del crudo invierno mil veces
por coger de Marte fiero
los sanguinarios laureles,
no es mucho que entre festines
y saraos se desvele,
cuando el ardoroso Julio
seca las doradas mieses.

Fed. (*ap. con Tristán.*) Abierto tiene el postigo
de la reja; verme quiere
Isabel: es la señal
de que se ha valido siempre.
Pero ¿cómo me separo
del César?

Tris. Deja que pene,
que harto has penado por ella.—
Puede ser que no te espere
á ti.

Fed. Pues ¿á quién?

Tris. Al César.

Fed. Al demonio que te lleve.

Alej. Margarita se ha lucido
con el soberbio banquete
que os ha dado. Sentirá
que Vuestra Alteza la deje
ahora que en danza festiva
al alba esperar previene.

Emp. La dejo; y no sufriré
que segunda vez me obsequie.
Aunque hermosa, es erudita;
y esta clase de mujeres,
sobre ser empalagosas
son frias como la nieve.—
Pero tú ¿tan caviloso,
tan taciturno? ¿Qué tienes,
Federico?

Fed. Señor..., nada.

Emp. Ocioso es que me lo niegues.

Esa tristeza sin duda
de tu nuevo amor procede.
Si alguno tu objeto amado
á disputarte se atreve,
con tu valor y tus prendas
seguro estás de vencerle,
y mas cuando mi amistad
y mi poder te protegen.

TRIS. Declárate. (*ap. con Federico.*)
FED. No me atrevo.
TRIS. Pues bien; luego no te quejes
de nadie sino de ti.
EMP. Pues me dijiste que tiene
baile esta noche tu dama,
no es regular que se acueste
hasta que haya amanecido.—
Ven; quiero que me la enseñes.
FED. No os replico. (*ap. con Tristán.*)
Preveniste
á Fenisa?
TRIS. Sí: bien puede
entrar el Emperador.
Hará el papel grandemente.
EMP. Muy bella debe de ser.
cuando tal galan merece.
(*vanse todos quedando los últimos Feder. y Tris.*)
FED. Bella Isabel, si aun me amas
perdona. Mi amarga suerte
así lo ordena. En tu reja
el alma dejo pendiente.
TRIS. Flora, si me la has pegado
me alegro de que me esperes.
Mal catarro te dé Dios
que te dure cuatro meses.

ESCENA II.

ISABELA, FLORA. (*cuando ya han vuelto la espalda Federico y Tristán, se asoman á la reja Isabel y Flora.*)

FLOR. Esta es ya la cuarta vez
que vienes inútilmente
á la reja.
ISAB. ¡Ah Federico
infiel! ¡Qué poco me debes
tal desvelo, tal fineza!
FLOR. Mejor será que te acuestes
y entre regaladas plumas
al dulce sueño te entregues,
que es vano esperar á quien
quizá de tí no se acuerde.
ISAB. ¿Cómo el que tanto me amaba
tan pronto olvidarme puede?
FLOR. Como suelen olvidar
los hombres á las mujeres.
ISAB. Juzgué que á verme vendria
esta noche como suele.
FLOR. Le dijiste no hace mucho
que jamás volviera á verte,
le despediste; ¿y ahora
te afliges porque no viene?
ISAB. Hablaba por mí el despecho.
¿Quién á los amantes cree?
FLOR. Sí; pero á él por lo visto
le convenia creerte.
ISAB. Antes por él abogabas,
y ahora que le defiende
mi corazon ¿tú le culpas?
FLOR. Si de veras te quisiese
no le duraría tanto
el enojo que te ofende;
y si creyeras á Flora,
tú no serías tan débil.
ISAB. Flora, bien sabes que fui
la primera en ofenderle.
Un fatal capricho mio
le desespera y me pierde.
FLOR. Y un capricho ¿será justo
que con un crímen se vengue?
ISAB. ¡Cruel! ¿Por qué te complaces
en pintarle delincuente
á mis ojos?
FLOR. Porque anhelo
tu quietud. Cuando ver puede
desde el palacio tus rejas
¿podrá negar el aleve
que ha estado abierto el postigo,
señal clara y evidente
de que le esperas?
ISAB. Acaso
el Príncipe le detiene.
FLOR. O los brazos de esa bruja
que á tu tierno amor prefiere.
ISAB. ¡Infiel!
FLOR. No vuelvas á hablarle;
olvídale para siempre.
ISAB. ¿Y se ha de burlar de mí
el traidor impunemente?
Ciega de cólera estoy.
Ya le aborrezco de muerte.
Pero quiero que lo sepa
de mi boca; quiero verle
confundido; y que á mi vista
en su corazon se cebe
el negro remordimiento.
Será consuelo y deleite
su tormento para mí.
FLOR. ¡Malo! ¿Eso es aborrecerle?
¿A qué armar nueva camorra?
¿No es mejor que le desprecies?
ISAB. Aun vendrá. Pocos momentos
le esperaré. No receles...
FLOR. Nada; á la cama. Mañana
le puedes decir mil pestes.
ISAB. Déjame.
FLOR. De nuestro sexo
así el honor comprometes.
Ven.
ISAB. ¡Ay, qué noche me espera!
FLOR. Harás muy mal si no duermes
á pierna suelta.
ISAB. ¿Quién sabe,
Flora, si estará inocente?
FLOR. ¡Oh! Mas que lo esté. A dormir.
¡Cuántas como tú proceden!
¡Y extrañamos que los hombres
se burlen de las mujeres!
(*entran y cierran la reja.*)

ESCENA III.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, TRISTÁN.

EMP. Muriéndome voy de risa.
FED. Y yo de pena, señor,
de ver el poco favor
que te merece Fenisa.
¿Tan pronto, señor, te vas?

TRIS. Y tiene mucha razon,
que es una horrenda vision.
EMP. ¿De eso enamorado estás?
¿Eso me trajiste á ver?
FED. Que es mi luz te certifico.
EMP. ¿Es posible, Federico,
que quieras á tal mujer?
ALEJ. Harto desvié las velas
por encubrir su figura.
FED. ¿Pensais, señor, por ventura
que todas son Isabelas?
Retratarla pretendia,
y por tí mudo intencion.
EMP. Bien puedes con un carbon.
TRIS. ¿Qué dijeras de la mia?
EMP. Muéstramela; verla quiero,
y te diré la verdad.
TRIS. Es mucha su fealdad;
mas yo por ella me muero.
EMP. Veamos pues á esa bella.
TRIS. ¿Verla vos? ¡Uf! No lo apruebo.
EMP. Pues ya que verla no debo
hazme una pintura de ella.
TRIS. Pues escucha el retrato
del bien que adoro;
que á Tristán favorece
á falta de otro.—
Ya no se necesita
la ipecacuana;
porque no hay vomitivo
como su cara.
Con tres calvas solemnes
su gracia aumenta;
una es en el cabello
dos en las cejas.
Sus ojos son azules
y tan serenos
que me da romadizo
de solo verlos.
Llamarlos puedo soles,
pero de Octubre
que brillan al soslayo
entre las nubes.
Su nariz de aguilucho
por corba y grande
pudiera á un sarraceno
servir de alfanje.
Tiene un color su cara,
si bien lo pinto,
entre pajizo y verde
como el pepino.
Ella dice que es noble
puede que mienta,
pero puedo afirmarte
que no es pechera.
Sin claveles ni rosas
tal boca tiene
que parece cachorro
de siete meses.
Los dientes de apartados
piden divorcio;
que no quieren morderse
unos á otros.
Aunque el pié es juanetudo
y descarnado,
es largo, lo confieso,
pero muy ancho.
Nunca sale de casa
si no hay carroza,
porque tiene una pierna
mas larga que otra.—
Mas con todas las gracias
que aquí te cuento,
algo tiene que callo,
pues yo la quiero.
EMP. Lindamente la has pintado.
TRIS. Yo lo creo. No hay pintor
tan diestro como el amor.
EMP. Por el gusto que me has dado
mañana te doy...
TRIS. ¿Te doy...
y con la mano vacía?
No habrá con mañana dia
si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
pierde en hacer esperar;
que es madrugar á no dar
prometer para mañana.
EMP. Esta cadena te pon.
TRIS. Siendo de oro, á manos llenas
ponme no solo cadenas
sino albarda y cabezon.
EMP. Supuesto que está la noche
tan apacible y serena,
y pronto entre rosa y nácar
brillará el alba risueña,
aquí la quiero esperar
en la reja de Isabela.—
Tristán, acércate y llama.
TRIS. Señor, puede ser que duerma.
EMP. Bien puede ser, y tambien
es fácil que esté despierta.
Federico, llega tú.
FED. (Parece que se recrea
la suerte en atormentarme.)
EMP. ¿Qué estás pensando? ¿No llegas?
FED. (¡Ojalá no me responda!) (*llama.*)
(*ábrese la reja y aparece Flora.*)

ESCENA IV.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, TRISTAN, FLORA.

FLOR. ¿Es Federico?
FED. (*en voz baja á Flora*) ¡Qué reja
tan obediente!
FLOR. ¿Qué quieres?
FED. Di á mi señora condesa
que está aquí el César.
FLOR. Ya voy.

ESCENA V.

EL EMPERADOR, FEDERICO, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, TRISTAN.

FED. (*ap. con Tristán.*) Pensé que me respondiera
que era imposible salir,
y respondió: voy por ella.
TRIS. ¡Sí! buena alhaja es la niña.
¡De tal ama tal sirvienta!
EMP. En solo un dia he debido
á Isabel muchas finezas.—
Federico, ¿que me dices?
FED. Recibid mi enhorabuena.—
(¿Quién se vió en un trance igual?
Le hablo con cara risueña,
y dentro del corazon
tengo las llamas del Etna.)

ESCENA VI.

El Emperador, Federico, Alejandro, Fabio, Tristan, Isabela.

Emp. Bien pueden cantar las aves
y ahuyentarse las tinieblas;
que ya la aurora amanece
en los ojos de Isabela.
Isab. Muy templado de requiebros,
y comparaciones tiernas
viene Vuestra Majestad.
Habrále dado materia
para tan altos conceptos
alguna dama discreta
de las que en la Corte ahora
de lo bien dicho se precian.
Emp. No; porque de ver acabo
la mujer mas necia y fea
que puede haber en el mundo;
pues tengo por cosa cierta
que de haberla hecho está
corrida naturaleza.
Isab. ¡Fea y necia en tal extremo!
¿Y fuísteis, Señor, á verla?
Emp. Es dama de Federico.
Nunca pensé que tuviera
tan mal gusto. Vengo muerto
de risa.
Isab. (¡Oh rabia! ¿Y desprecia
á Isabel por una esfinge?
¡Que yo vengarme no pueda
del traidor!) Yo no lo extraño,
porque al fin no es cosa nueva
gozar de los mas galanes,
Señor, las mujeres feas.
Emp. No sé en verdad, dónde tiene
los ojos el que se prenda
de semejante mujer.
Isab. ¡Quién á Federico, diera
vaya! Llamadle, que quiero
correrle.
Emp. Tendrá vergüenza.—
Federico.
Fed. ¿Qué mandais?
Emp. He confiado á Isabela
que vengo de ver tu dama.
Fed. Le habreis dicho, es cosa cierta,
mi mal gusto.
Isab. Tu eleccion
no culparía á ser fea
solamente; porque suelen
aquellas á quienes niega
naturaleza otros dones,
ser graciosas y discretas;
pero ¿necia? Qué ignominia
para un hombre de tus prendas!
Asco tendré de mirarte
de aquí adelante.
Fed. No entiendas
que soy en esto culpado;
que, como es cosa tan nueva
para mí tratar de amores,
y tengo tan mala idea
de las mujeres, encuentro
poco que elegir en ellas.
Si solo amor inspiraran
las lindas y las discretas,
pronto del juicio final
sonaria la trompeta.
Isab. ¡Qué amor tan extravagante!
¡Qué ridícula pareja!
Fed. El gusto no tiene leyes,
señora, en ciertas materias.
No en vano pintan vendado
al dios de mor. Si á las feas
para feos solamente
criara naturaleza,
¿qué sería de nosotros?
En poco tiempo viniera
á tal fealdad el mundo
que resultara en su mengua.
Así está puesto en razon
que, haciendo prudente mezcla,
de los feos y las lindas,
de los sabios y las necias,
ni todo deformidad
ni todo hermosura sea.
Isab. No os conozco. Algun hechizo
os trastorna la cabeza.
¿Tan poca fortuna tiene
Federico con las bellas,
que por desesperacion
á una furia galantea?
Fed. ¿Desesperacion, señora?
Amor es el que me ciega.
Isab. ¿Hablais de veras? Estais...
Fed. Perdido, loco por ella.
Isab. (No sé cómo me contengo
al oir tal insolencia.)
De lástima os quiero dar
dama que mostreis al César
sin vergüenza.
Fed. Os lo agradezco.
Guardadla para quien tenga
mas dicha; que yo he buscado
mujer que nadie apetezca.
No veré el sol en sus ójos
ni en su risa el alba nueva,
ni corales en sus labios,
ni en su garganta azucenas;
gracias que no estan seguras
del tiempo y de las viruelas.
Mas podré decir al menos
soy dueño absoluto de ella,
y no viviré cercado
de inquietudes y sospechas.
Reniego de las hermosas
y de su fatal belleza.
Si es fuerza que todas miren
y poderosos las vean,
fea la quiero y segura;
que no hay fea que no tenga
algo por que ser querida,
ni hermosa sin ser soberbia.
Isab. Sois un necio.
Fed. Perdonadme
si delante de una bella...
Isab. Mande Vuestra Majestad
que se vaya de la reja.
Fed. Me iré tambien de la calle;
y, si es preciso, á cien leguas
de la Corte; que no es justo
incomodaros, condesa.—
Dadme licencia, Señor.
Emp. Vete; y por Dios que me pesa
de que vayas enojado.
Fed. Ven Tristán. (*ap. con Tristán.*)
Tris. ¿Dónde me llevas?

FED. No sé. Estoy desesperado.
Que me vaya manda el César.
TRIS. ¡Malo!
FED. Porque asi lo quiere
su dama.
TRIS. En esta tormenta
se va á anegar tu privanza.
FED. Poco me importa perderla,
y ¡plegue á Dios que se acabe
mi triste vida con ella!
TRIS. Dios me conserve la mia
para hacerte las exequias.

ESCENA VII.

EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, ISABELA.

EMP. De mal humor os ha puesto
Federico.
ISAB. ¿Quién creyera
tales sandeces oir
del que un imperio gobierna?
¿Es este el discreto, el sabio?
EMP. Cuando los discretos yerran
no iguala á su necedad
la del mas necio.
ISAB. Ya suena
gente en casa, y viene el dia.
No es justo que se detenga
aquí Vuestra Majestad.
EMP. No hay en el imperio fuerza
para dilatar la noche.—
El cielo os guarde, Isabela.

ESCENA VIII.

ISABELA, FLORA.

ISAB. Al fin ya libre me veo.—
Soltad al llanto la rienda,
ojos mios.
FLORA. ¡Cómo! ¿Aun lloras
por un perjuro?
ISAB. No creas
que es de amor; es de despecho.
¡Ah traidor, aleve...
FLORA. Espera
A la escasa luz del alba
veo acercarse á la reja
dos hombres.—Son Federico
y su criado.

ESCENA IX.

ISABELA, FLORA, FEDERICO, TRISTAN.

TRIS. ¿Qué intentas?
FED. Aun está allí. Quiero hablarla,
Tristán, por la vez postrera.
Acaso no sin designio...
FLORA. ¿Será tanta tu flaqueza
que sufras...
ISAB. (*á Flora en voz baja.*) Deja que llegue.
FED. Extrañareis que me atreva
ahora...
ISAB. (*cierra de golpe la reja.*) Idos noramala.

ESCENA X.

FEDERICO, TRISTAN.

FED. ¡Tristán! Todo soy de piedra.—
¿Qué es esto?
TRIS. ¿Aun puedes dudarlo?
Que te insulta y te desprecia,
que te da cara de hierro,
y que por otro te deja.
FED. ¡Ah fementida mujer!
¡Nunca mis ojos te vieran!
TRIS. ¿Quieres tomar de su injuria
una venganza sangrienta?
FED. Sí, Tristán: vengarme quiero.
TRIS. Pues cásate con la fea.
FED. Te burlas de mí, villano?
TRIS. No: la que se burla es ella.
FED. Sígueme. Huyamos, Tristán,
de esta abominable reja;
que no respondo de mí;
tanto la ira me ciega.
¡Adios, adios para siempre,
mujer venal y perversa!
Tanto como te adoraba
ya mi pecho te detesta.
Si vuelvo jamás á verte,
si vuelvo á estampar mi huella
en ese umbral, si en mi lábio
tu nombre funesto suena,
¡estalle el rayo en mi frente
y en ceniza me convierta!

ESCENA XI.

TRISTAN.

Ahora me toca á mí.—
¡Adios, grandísima puerca;
adios, Flora, cuya flor
ya es para mí esparraguera!
Si vuelvo á pensar en tí,
si vuelvo á pisar tu puerta,
si vuelvo á verte jamás,
Dios te dé sarna perpétua,
y un lobanillo en la frente,
y un cáncer en cada pierna!

ACTO QUINTO.

SALON DE PALACIO

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO TRISTÁN.

TRIS. Te sientas? ¿No era mejor
que te fueras á la cama?
En vela toda la noche...
FED. Nunca el infeliz descansa.
¡Ay Tristán! Yo vengo muerto.
TRIS. ¡Muerto, señor! ¿Por qué causa?
Si todos los que tropiezan
con mujeres casquivanas
se murieran de pesar,
entre médicos y faldas
acabaran con los hombres
en menos de dos semanas.
¡No, pésia tal!... Que perezca
primero toda su raza.
FED. Con ser tal su ingratitud
y tan cierta mi desgracia,
la imágen del bien que amé
no puedo arrancar del alma:

mas ¿por qué con tal bajeza
vengarte de mí, cruel?
EMP. ¿Con quién hablas?
FED. ¡Isabel!...
ALEJ. Mirad que está aqui Su Alteza.
FAB. ¡Qué lástima!
ROD. ¡Qué dolor!
ALEJ. (Ama á Isabel. Mi sospecha
no fué vana.)
TRIS. De esta hecha
encierran á mi señor.
FED. ¿Tú la deshonra prefieres
á mi amor?
TRIS. Dice muy bien.
¡Malditos sean; amen,
los ojos de las mujeres.
EMP. Tristán, ¿qué desdicha es está?
TRIS. Perdió el juicio: sus estremos
os lo dicen. (No nombremos
á Isabel.) Caro le cuesta
el amor. Como mandaste
que quisiera tan aprisa,
apuesto yo á que Fenisa,
de quien tanto te burlaste,
le ha dado hechizos, señor,
que es propio efecto de feas,
pues las hermosas no creas
que quieren por fuerza amor.
EMP. ¿Qué dices?
TRIS. ¡Fea maldita!
EMP. ¿Ella fué..
TRIS. A haberme creido,
preparado hubiera ido
de hisopo y agua bendita.
EMP. Prendedla, matadla.
ALEJ. Advierte...
EMP. No hay que advertir. Morirá.
Culpada Fenisa está
de Federico en la muerte,
que quien quita á un hombre el seso
mas le quita que la vida.

ESCENA ULTIMA.

FEDERICO, EL EMPERADOR, ALEJANDRO, RODULFO, FABIO, TRISTÁN, ISABELA, OCTAVIO, FLORA.

ISAB. A vuestras plantas rendida...
FED. ¡Ella es! ¡Oh cielos!
EMP. ¿Qué es eso?
OCT. Señor, Isabela y yo
te damos debidas gracias
porque casarla resuelves,
despues de mercedes tantas,
con Federico. Esta boda
ilustra y honra mi casa.
ISAB. Mayor es mi obligacion,
como mas interesada
en esta merced.
FED. ¡Qué escucho!
EMP. ¿Quién os dió nueva tan falsa?
Ni he tenido pensamiento
de casarla, ni se trata
de casamientos ahora
que lloramos la desgracia
de Federico.
ISAB. Señor,
¿qué desgracia?
EMP. Una malvada
mujer le ha quitado el seso;
y yo he mandado matarla.
ISAB. No es malvada quien ha sido
de este suceso la causa.
EMP. ¿Sabes tú quién es? Que ya
muerte infame le prepara
mi justicia.
ISAB. Pues bien puedes,
gran Señor, ejecutarla.
Yo soy, que con un papel
que le escribí, por venganza
de los celos que me dió,
fingí que esta noche estaba
determinada á ser tuya;
siendo mentira inventada
por mi amor y mi desdicha.
EMP. ¡Qué oigo! ¿Es cierto? ¡Tú le amas!
ISAB. ¡Señor!...
FED. Tus dulces acentos
vuelven la paz á mi alma.
Ya sé que no me aborreces:
ahora vengan desgracias;
venga la muerte. — Los celos
te dictaron esta carta,
que era á mi pecho puñal
y cordel á mi garganta.
Celos tambien, y temores,
y respeto á mi Monarca
fraguaron el necio amor
que con razon te irritaba.
Jamás quise yo á Fenisa;
ni en tal mujer se empleara
quien despreciara por tí
á la belleza mas alta.
Perdona, Isabela mia,
perdóname; que á tus plantas...
EMP. Deteneos. — ¿Cómo osais
en mi presencia... ¡Hola, guardias!
TRIS. (¡La hemos logrado!)
FED. Señor,
ya sé que perdí tu gracia.
Amo á Isabel, y no ignoro
que tú tambien la idolatras.
Mátame; tuya es mi vida;
mas si á mi disculpa basta
haber rendido mi pecho
á su virtud y á sus gracias
mucho antes que tú la vieras,
de este misero te apiada.
Dos años há que á Isabela
sirvo, otros tantos que paga
mi amor, y que tantas guerras
el honesto fin dilatan
que tuviera con casarnos
tan bien nacida esperanza.
Quiso mi suerte enemiga
que la vieses yendo á caza.
En vano la supliqué
se retirase á su granja.
Necio y desdichado fuí,
¿Quién á las mujeres manda
que no vean? Es mas fácil
surcar el aire sin alas.
Te enamoró su belleza;
y yo entonces...
EMP. ¡Cesa! ¡Basta!
Yo castigaré cual debo
tu temeridad.
ISAB. Tu saña
debe alcanzar á mí sola;

que sola soy la culpada.
Por amar á Federico
soy á tu cariño ingrata.
El es la luz de mis ojos;
él es iman de mi alma.

Fed. Acuérdome que en el monte
me disteis, Señor, palabra...

Emp. Ya sé qué vas á decir;
mas sin razon la reclamas.
Yo prometí hacerte dueño
de la dama que buscaras;
no de la que ya tenias.
Si con Fenisa te enlazas
la cumpliré.

Fed. (¡Soy perdido!)
Solo os pido ya una gracia:
que mi muerte apresureis.
La vida es odiosa carga
para mí sin Isabela.

Isab. *(de rodillas.)* Piadoso Otón...

Oct. *(de rodillas.)* Si mis canas...

Emp. Alzad, Condesa; alzad, Duque. *(á Federico.)*
Ven tú á mis brazos. Ya basta
de rigor, que hasta fingida
la crueldad me desagrada.

Fed. ¡Ah, Señor! Vuestra bondad...

Emp. No fuera grandeza tanta
darte á Isabela por solo
cumplir la palabra dada.
Cuando de ella libre estoy
y tú con desconfianza
y sin accion de pedirla,
vencerme yo es mas hazaña.
Dale la mano á Isabela.

Fed. Vivas, invicto Monarca,
mil siglos.

Isab. A tus victorias
prevenga bronces la fama.

Tris. Toma tú, Flora, mi mano;
no quiero que penes mas.

Flor. Si primero no me das
una palabra, es en vano.

Tris. ¿Cuál?

Flor. Que no me has de estorbar,
aunque te causen enojos,
hacer uso de mis ojos,
ver cuanto quiera y mirar.

Tris. Te la doy. fuera excusado
negarla; mas un buen leño,
no me faltará, mi dueño,
cuando veas demasiado.

Fed. ¡Feliz yo!

Isab. ¿Y por qué lo eres?

Fed. Tú lo sabes, dulce encanto.

Isab. *(sonriéndose y mirándole con ternura.)*
¡Oh! No lo serias tanto
si no vieran las mujeres.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—*Es copia del original censurado.*

MADRID, 1862:—Imp. de Pascual Conesa.
Calle de Toledo, núm. 69, Junto á S. Millan.

Advertencia. Esta obra, y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de *Don Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el Autor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.